

marítima por excelencia al este de Sicilia. La confederación de las islas égeas, de que Tenos era probablemente la capital, escogió a Ptolomeo Soter para presidente e hizo celebrar fiestas en su honor¹. Atenas, la gloriosa Atenas, descendió, por mendicidad, hasta la vergüenza de declararse casi vasalla de Ptolomeo Filadelfo, quien, en cambio de esas bajezas, le regaló 50 talentos. Tal es la triste aventura, el lamentable fin de Atenas, que Grote refiere con indignación al terminar su *Historia de Grecia*². Por último, ¿no fué nombrado Ptolomeo Evergetes generalísimo de las flotas del Atica y de la liga áquea?

Del Este y del Sud convergían los caminos de caravanas para subvenir al enorme tráfico de Alejandría, por el bajo Nilo y los puertos acostumbrados del mar Rojo, a los cuales se agregó Berenice, bajo la misma latitud que Siena; se tuvo cuidado de trazar caminos fáciles a través de las soledades de los montes «arábicos» para asegurar a las riquezas de la India y del Africa una arribada segura a los depósitos de Alejandría. En aquella época, el canal navegable del Nilo al golfo de Suez por la cuenca de los lagos Amargos se había hecho perfectamente utilizable, y los buques que remontaban el mar Rojo podían alcanzar directamente las tierras bajas de Egipto; pero los marineros que querían evitar la peligrosa navegación en las aguas llenas de arrecifes, se detenían más al Sud, sea en el puerto de Myos Hormos, sea en la rada de Berenice, y utilizaban uno u otro de los caminos desérticos que complementaban la gran vía marítima. Exactamente del mismo modo obran en el día los dueños de los mares: no contentos con la puerta triunfal por donde pasa el canal de Suez, los ingleses trabajan actualmente desde Kosseir a Mombaza, todo lo largo del litoral del mar Rojo y del Océano Indico, para establecer ferrocarriles confluentes a la gran línea que une el valle del Nilo al Cabo de Buena Esperanza.

¿No fué Ptolomeo Filadelfo el primero que, en las inmediaciones de Alejandría, edificó el gran «Faro», cuyo nombre se ha aplicado a todos los edificios del mismo género?

La explotación agrícola del fecundo valle del Nilo por millones de súbditos dóciles, y los beneficios del inmenso comercio,

¹ Th. Homolle, *Bulletin de la Soc. de Géographie de l'Est.*

² Cap. XCVI.

que traía a la residencia de los Ptolomeos el concurso de los mercaderes venidos de todas las partes del mundo, explican los prodigiosos tesoros amontonados por los soberanos de Egipto: acaso hayan de añadirse también a las fuentes del ingreso suministrado por la agricultura y el comercio, los lingotes que las minas de la Nubia y aun del Africa meridional habían proporcionado en gran cantidad. Júzgase que no podría explicarse la existencia de la masa de oro contenida en el tesoro real¹, si no hubieran sido conocidos y explotados entonces los bancos auríferos del Transvaal actual y del país de Machona: en efecto, según Appian, las «economías» de Filadelfo, contenidas en las bóvedas del palacio, se elevaban a 74000 talentos, lo que representa unos tres mil millones de nuestra moneda². Sin embargo, los antiguos autores eran tan vagos



PINTURA GRIEGA

en sus afirmaciones y las exponían con tal escasez de documentos precisos, que no conviene citar esas cifras en toda seguridad. Además, ya hemos dicho que, según toda probabilidad, las comunicaciones entre las cuencas del Zambeze y del Nilo habían cesado ya en el tiempo de los Ptolomeos.

Como quiera que sea, las riquezas de los Faraones les permitían entretener ampliamente en su derredor una multitud de mercenarios, pagar en el extranjero una multitud de agentes y de aduladores y satisfacer a sus anchas todos sus caprichos

¹ Henry E. O. Neil, *Scottish Geographical Magazine*, 1886.

² A razón de 3,800 francos por talento de oro.

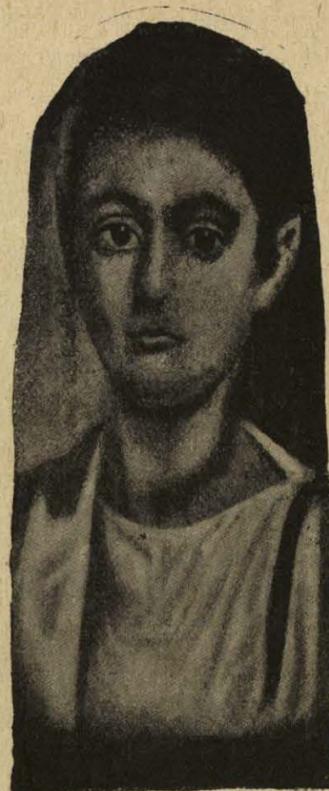
de gusto y de fantasía de aficionados artistas. De ese modo, Ptolomeo Filadelfo, apasionado por la historia natural, estableció un jardín zoológico cerca de Alejandría, y enviaba buques especiales en busca de los elefantes a las costas del Somal para transportarlos al bajo Egipto por la vía del mar Rojo y del canal: esos buques que navegaban difícilmente en alta mar y que trataban de no separarse de la costa, encallaban frecuentemente en los bancos de coral. La caza de los elefantes para el reclutamiento de las expediciones guerreras, tomó tal extensión en el «país de los Ictiófagos», es decir, sobre las costas de África situadas fuera del mar Rojo, que el tercer Ptolomeo, temiendo el exterminio de esos paquidermos, recomendaba a sus viajeros que dictaran a los indígenas medidas de prudencia¹.

Alejandría, convertida en el foco central del comercio, era también el lugar principal de reunión de los hombres de saber y de pensamiento; era una nueva Atenas. En medio de esa multitud de súbditos y de visitantes ilustres, los Ptolomeos se sentían naturalmente impulsados a agrupar a su alrededor y a conceder favores especiales a aquellos de sus contemporáneos que juzgaban aptos, por adulaciones o servicios, a realzar el prestigio real. Llamados en torno de Ptolomeo Soter, en el edificio que había consagrado a las Musas y que cubren actualmente los escombros acumulados por los saqueos y los incendios, los sabios y los filósofos griegos, pertenecientes a las escuelas más diversas, vinieron, a expensas del rey y pensionados por él, a atestiguar con su misma presencia la grandeza y la munificencia del soberano. Un presidente nombrado por el rey y escogido siempre entre los sacerdotes, estaba encargado del culto oficial de las Musas y probablemente también de los pomposos discursos que habían de pronunciarse ante el señor: en cuanto a los residentes, quedaban en libertad de continuar sus estudios y proseguir sus investigaciones como mejor les conviniera: el régimen del Museo sería probablemente con corta diferencia el que se reprodujo en la Edad Media en los monasterios de benedictinos. Fundáronse colegios alrededor del Museo para que los jóvenes estudiantes se aprovecharan de las leccio-

¹ J. P. Mahaffy, obra citada, p. 216.

nes o de la conversación de los sabios, y la mayor biblioteca del mundo, a la que pronto se añadió un segundo depósito de libros, destinado indudablemente a los dobles, recogió con cuidado, para uso de los investigadores, todas las obras escritas en los siglos anteriores en toda lengua conocida. Así se formó el gran tesoro del pensamiento humano.

Sin embargo, el genio libre no suele acomodarse a un medio de bienestar debido al favor y celosamente limitado, por los caprichos de un amo, por ceremonias formalistas minuciosamente dispuestas. Verdad es que en los primeros tiempos de su existencia, el Museo de Alejandría recibió entre sus huéspedes hombres del más alto valor intelectual, especialmente de los dedicados a la ciencia concreta y positiva, anatómicos, geómetras, geógrafos y astrónomos, tales como Herófilos, Euclides, Eratóstenes y otros sabios que se ocupaban en sus trabajos en la ignorancia o el desdén del mundo exterior; pero la mayor parte de los habitantes del Museo eran aduladores o intrigantes, poetas de corte, pulidores de cumplimientos y de epigramas. Los parásitos comprendieron pronto que



PINTURA GRIEGA

Tablero cubierto de cera pintada, que data del siglo II de la era vulgar, y hallado por Flinders Petrie en las tumbas de Hawara.

los invitados en la «Jaula de las Musas» eran albergados y retribuidos espléndidamente a cambio de las lecciones que profesaban, y hasta en recompensa de alguna insulsez elegante. Poco a poco las plazas del Museo se hicieron prácticamente hereditarias de padre a hijo, y los cursos acabaron por ser repeticiones o temas sobre el arte de adular a los poderosos. Y, naturalmente, esa es la forma decrepita de la institución que

encontró después numerosos imitadores, tal, Adriano, creador en Roma primero y luego en Atenas de una especie de universidad como la de Alejandría¹.

Se comprende, pues, que los hombres de carácter y de gusto se separaran de ese Palacio de la Adulación, y que, huyendo del contacto de los cortesanos, muchas personas adustas, prefiriesen, desdeñando la invitación de Ptolomeo, refugiarse en la isla de Cos para vivir en ella en la contemplación de la Naturaleza y las delicias de la amistad. No obstante, la atracción de la gran ciudad, donde se hallaban tantos recursos intelectuales, reunía en ella también muchos hombres deseosos de aprender y de saber. Alejandría llegó a ser la gran escuela que había sido Atenas, y el círculo de atracción de donde le venían los alumnos era más que doble que el de su antecesora. Ya, bajo Ptolomeo Filadelfo, el Tulumaya de los documentos hindus, unos misioneros de Budha, enviados por el rey propagandista Açoka, vinieron de la lejana India a traer a los Alejandrinos «santas yerbas» y «palabras de paz y de salud».

Alejandría se nos muestra, pues, en la historia, como una de las ciudades de actividad moral donde se han preparado los destinos humanos por la evolución del pensamiento, por el progreso de la ciencia, y después, regresivamente, por su reflujo hacia el misticismo religioso. El cristianismo nació ciertamente en Alejandría, más aún que en Jerusalén, Antioquía o Roma; pero ese refugio del hombre en un ideal celeste, fuera de las luchas de la vida y del trabajo fecundo, presagiaba un esclavizamiento fatal. Los Romanos, que habían tomado el gusto de conquistas y anexiones fructuosas por las riquezas de Sicilia y de Cartago, por los despojos de todos los pueblos circundantes, no podían menos de considerar las fértiles campiñas de Egipto como la herencia de los fuertes; y así como los Ingleses actuales han tomado el valle del Nilo porque es un complemento natural de su imperio y porque constituye la principal etapa sobre la gran vía de Inglaterra a la India y a Australia; lo mismo que los Franceses han invadido Túnez, no para castigar a los

¹ G. Boti, *Bulletin de la Soc. Khédiv. de Géogr.*, 1898, n.º 2, ps. 82 y 83.

«Krumirs», sino porque continúa la Argelia, así también los Romanos no tuvieron más razón que su avidez en sus relaciones con Egipto. No faltaron pretextos, se encuentran siempre, un asunto de falso testamento u otras mentiras; bastaba que la comarca fuese a la vez rica e incapaz de defenderse, no teniendo por ejército sino mercenarios y no ciudadanos. A fuerza de presentes prodigados a los grandes de Roma, los Ptolomeos pudieron alejar el día fatal, pero no conjurarlo. Se vió al rey llamar suplicante a las puertas de los abogados romanos; inútil todo; Julio César, Antonio y luego Octavio entraron en Alejandría, sin hacer en ella ningún cambio, porque Egipto se administraba como una simple propiedad rural de los reyes, y los dueños romanos, convertidos en poseedores en lugar



Bronce del Museo de Nápoles.

Cl. Alinari.

PTOLOMEO APION
ALEJANDRINO DEL SIGLO I DE LA ERA VULGAR

de los herederos de Alejandro, no tuvieron más que conservar escribanos y recaudadores de impuestos. Los prefectos, provistos de plenos poderes, subordinados solamente a la voluntad del César, pudieron dirigir a la vez la hacienda, los tribunales y los ejércitos. Por lo demás, la obediencia fué siempre completa: en tiempo de Trajano, una sola legión, bien que reclutada en su mayor parte sobre el

territorio de Egipto, bastaba para conservar la tranquilidad en toda la comarca¹.

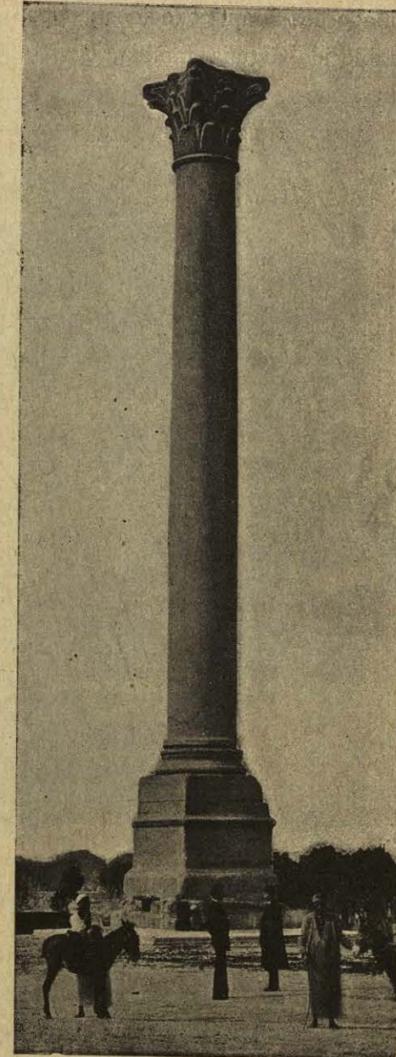
Sucedió, pues, que la tierra del Nilo, anexionada sin que hubiera habido necesidad de conquistarla, entró fácilmente como parte integrante en el inmenso imperio mediterráneo, y se dice que, en esta unión política y administrativa, Egipto, gobernado desde mucho más tiempo, y con más ciencia, suministró a Roma todo un personal de escribas y de funcionarios. País envejecido, enseñó también la etiqueta a la corte de Augusto, quien, en lugar de copiar a César, prefería tomar por modelo a Alejandro, los Faraones y los reyes de Persia. Roma tuvo también una parte de ciencia por herencia, puesto que el calendario llamado «Juliano» no es sino el de los astrónomos egipcios¹. El día intercalar atribuido a César estaba ya en uso hacía mucho tiempo en Tebas.

Convertida en potencia marítima bajo la dominación de los Ptolomeos, sobre todo gracias al concurso de las dos islas de marinos, Chipre y Rodas, Egipto, cuya capital concentraba los recursos del país, dirigía, en consecuencia, casi toda su actividad hacia el mar, a cuya orilla se hallaba situada Alejandría. Sin embargo, utilizaba también el largo mar Rojo y el canal que le unía al Nilo; el comercio del incienso, de las gomas preciosas, del oro y el transporte de los elefantes obligaban a los mercaderes a aventurarse fuera del estrecho en los mares de la India y del Africa meridional. Sabido es que Ptolomeo Filadelfo había hecho establecer estaciones comerciales en las costas de los Somalis, pero no hay testimonio preciso que atestigüe que Griegos de Alejandría hayan llegado hacia el Sud y el Este tan lejos como los Fenicios; no renovaron tampoco la audaz circunnavegación de Africa realizada bajo el Faraón Níko.

Al oeste de Egipto, la meseta de la Cirenaica se hallaba demasiado próxima de Alejandría para que no entrase forzosamente en el mismo círculo de atracción. Esta región, que estaba entonces enteramente helenizada, constituye un conjunto geográfico bien delimitado por las olas y las arenas; y a causa de ello, los habitantes trataron varias veces de recuperar su inde-

¹ I. Grafton Milne, *A History of Egypt under Roman Rule*.
¹ J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 484.

pendencia: en este país tuvo origen la leyenda de Anteo, que, levantado por la fuerte mano de Hércules, recobra su vigor en cuanto recae sobre el suelo nutricio. Pero la disparidad de las fuerzas era enorme entre el Egipto de las poderosas flotas, y la pequeña Cirenaica; ésta no pudo, pues, lograr su intento en sus tentativas de rebeldía, quedando vasalla del poderoso Estado; Alejandría se convirtió en su verdadera capital, y hacia el museo de esta ciudad, hacia sus bibliotecas y sus escuelas se dirigieron los Cirenenses, ambiciosos de poder, de fortuna o de estudio, tales los Calímaco y los Eratóstenes. Pero cuando Egipto cesó de tener la fuerza y el poder de Roma se engrandeció en Occidente, la Cirenaica, solicitada por los dos países, sucumbió naturalmente en beneficio del Estado que tenía a la vez la juventud, el prestigio y los recursos militares. A pesar de sus protestas de amistad y de su alianza eterna con Egipto, la república romana se anexionó el territorio de Cirene lo mismo que la isla de Chipre: se apoderó de los fuertes destacados antes de atacar la ciudadela misma.



Cl. Bonfils.

Del litoral de Macedonia a la playa de la gran Sirte, los pequeños pueblos griegos de las islas de las penínsulas y del mar Egeo habían esparcido su